

Cada generación construye su propia idea de contexto Every Generation Builds Up his Own Idea of Context

Iñaki Abalos y Juan Herreros

Textos citados en la fachada:

(...) Hoy la limitación foucaultiana es reemplazada por la disuasión baudrillardiana. El trabajador ya no necesita ser coaccionado por la fábrica. Nos apuntamos en culturismo físico en los gimnasios. El prisionero ya no necesita ser confinado en la celda. Nosotros invertimos en condominios. El loco ya no necesita vagar por los corredores de los manicomios. Nosotros circulamos por las autopistas (...)

Halley, P.: *The Deployment of the Geometric*. Efectes. Primavera, 1985.

(...) Los nómadas han inventado una máquina de guerra frente al aparato de estado. La historia nunca ha tenido en cuenta el nomadismo, el libro nunca ha tenido en cuenta el afuera. Desde siempre el estado ha sido el modelo del libro y del pensamiento: el logos, el filósofo-rey, la trascendencia de la idea, la interioridad del concepto, la república de los espíritus, el tribunal de la razón, los funcionarios del pensamiento, el hombre legislador y sujeto.

En la manada cada miembro permanece solo a pesar de estar con los demás (por ejemplo los lobos-cazadores); cada miembro se ocupa de lo suyo al mismo tiempo que participa en la banda. "En las constelaciones cambiantes de la manada, el individuo se mantendrá siempre en el borde. Estará dentro, e inmediatamente después en el borde, e inmediatamente después dentro. Cuando la manada forma un círculo alrededor de su fuego, cada cual podrá ver a sus vecinos a derecha e izquierda, pero la espalda está libre, la espalda está abiertamente expuesta a la naturaleza salvaje". Reconocemos aquí la posición esquizofrénica, estar en la periferia, mantenerse en el grupo por una mano o un pie... A ella opondremos la posición paranoica del sujeto de masa, con todas las identificaciones entre el individuo y el grupo, el grupo y el jefe, el jefe y el grupo; formar parte plenamente de la masa, aproximarse al centro, no permanecer nunca en la periferia.

"Hay un desierto. Pero tampoco tendría sentido decir que estoy en el desierto. Es una visión panorámica del desierto, ese desierto no es trágico ni está deshabitado, sólo es desierto por su color ocre y su luz, ardiente y sin sombra. En él hay una multitud bulliciosa, enjambre de abejas, melé de futbolistas o grupo de tuaregs. Yo estoy en el borde de esa multitud, en la periferia; pero pertenezco a ella, estoy unida a ella por una extremidad de mi cuerpo, una mano o un pie. Sé que esta periferia es el único lugar posible para mí, moriría si me dejara arrastrar al centro de la melé. Pero seguramente me sucedería lo mismo si la abandonara. Mi posición no es fácil de conservar, incluso diría que es muy difícil de mantener, porque esos seres se mueven sin parar, sus movimientos son imprevisibles y no responden a ningún ritmo. Unas veces se arremolinan, otras van hacia el

norte y luego, bruscamente, hacia el este, sin que ninguno de los individuos que componen la multitud mantenga la misma posición con relación a los demás. Así pues, también yo estoy en perpetuo movimiento, y eso exige una gran tensión, pero a la vez me proporciona un sentimiento de felicidad violento, casi vertiginoso" (...)

Deleuze, G. y Guattari, F.: *Mil Plateaux. Capitalisme et schizophrénie*. Les Editions de Minuit. Paris, 1980. Edición en castellano: *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. PreTextos. Valencia, 1988.

El método consiste en volver a describir muchas cosas de una manera nueva hasta que se logra crear una pauta de conducta lingüística que la generación en ciernes se siente tentada a adoptar, haciéndoles así buscar nuevas formas de conducta no lingüística: por ejemplo, la adopción de nuevo equipamiento científico o de nuevas instituciones sociales. Este tipo de filosofía no trabaja pieza a pieza, analizando concepto tras concepto, o sometiendo a prueba una tesis tras otra. Trabaja holística y pragmáticamente. Dice cosas como: "Intenta pensar de este modo", o, más específicamente, "Intenta ignorar las cuestiones tradicionales, manifiestamente fútiles, sustituyéndolas por las siguientes cuestiones, nuevas y posiblemente interesantes". No pretende disponer de un candidato más apto para efectuar las mismas viejas cosas que hacíamos al hablar a la antigua usanza. Sugiere, en cambio, que podríamos proponernos dejar de hacer esas cosas y hacer otras. Pero no argumenta en favor de esa sugerencia sobre la base de los criterios precedentes comunes al viejo y al nuevo juego del lenguaje. Pues en la medida en que el nuevo lenguaje sea realmente nuevo, no habrá tales criterios.

Una vez que planteamos la pregunta acerca del modo en que pasamos de un léxico a otro, del dominio de una metáfora al de otra, la distinción entre razones y causas comienza a perder utilidad. Los que hablan el viejo lenguaje y no desean cambiarlo, los que consideran señal de racionalidad o de moralidad el hablar precisamente ese lenguaje, considerarán enteramente irracional el atractivo de las nuevas metáforas, esto es, del nuevo juego de lenguaje que los radicales, la juventud, y la vanguardia están jugando. Se considerará la popularidad de las formas nuevas de hablar como una cuestión de "moda", de la "necesidad de rebelarse", o de "decadencia". Se considerará la cuestión de por qué la gente habla de esa manera como si se hallase por debajo del nivel del diálogo: un tema que hay que trasladar a los psicólogos o, si es necesario, a la policía. Inversamente, desde la perspectiva de los que intentan emplear el nuevo lenguaje, de los que intentan literalizar las nuevas metáforas, se considerará irracionales a los que se adhieren al viejo lenguaje, víctimas de la pasión, del prejuicio, de la superstición, como una fuerza inerte del pasado, etcétera.

Iñaki Abalos y Juan Herreros son arquitectos y socios, así como profesores de Proyectos en la Escuela de Arquitectura de Madrid. Su artículo "El tiempo reversible" fue publicado en *Arquitectura* 293.

Iñaki Abalos and Juan Herreros are architects and partners. Both are professors of Design at the Madrid School of Architecture. Their article "Reversible Time" appeared in *Arquitectura*, 293.

El metafísico piensa que existe un abrumador deber intelectual de presentar argumentos para sostener las opiniones polémicas que uno tiene, argumentos que partirán de premisas relativamente fuera de discusión. El ironista piensa que tales argumentos —los argumentos lógicos— están perfectamente bien para sus propósitos y son útiles como artificios para la exposición, pero que en última instancia no son sino formas de hacer que las personas modifiquen sus prácticas sin admitir que lo han hecho. La forma de argumentación preferida del ironista es dialéctica en el sentido de que considera que la unidad de persuasión es el léxico antes que la proposición. Su método es la redescritción y no la inferencia. Los ironistas se especializan en redescibir grupos de objetos o de acontecimientos en una jerga formada en parte por neologismos, con la esperanza de incitar a la gente a que adopte y extienda esa jerga. Un ironista piensa que cuando haya dejado de utilizar las viejas palabras con un nuevo sentido —y, por supuesto, cuando haya dejado de introducir palabras enteramente nuevas— la gente ya no planteará preguntas formuladas con los viejos términos. Así pues, el ironista piensa que la lógica mantiene una relación auxiliar con la dialéctica, mientras que el metafísico piensa que la dialéctica es una especie de retórica, la cual es a su vez un falso sustituto de la lógica.

Rorty, R.: *Contingency, Irony and Solidarity*. Cambridge University Press. Nueva York, 1989.
Edición en castellano: *Contingencia, ironía y solidaridad*. Paidós, Barcelona, 1991.

Hay que partir, pues, de este axioma: Beaubourg es un monumento de disuasión cultural. En un escenario museístico que sólo sirve para salvar la ficción humanista de la cultura, se lleva a cabo un verdadero asesinato de ésta, y a lo que en realidad son convidadas las masas es al cortejo fúnebre de la cultura. Y las masas acuden. Es la suprema ironía de Beaubourg: las masas se vuelcan no porque les crezca la saliva ante una cultura que les viene frustrando siglo tras siglo, sino porque por primera vez tienen ocasión de participar multitudinariamente en el inmenso trabajo de enterrar una cultura que en el fondo siempre han detestado. Es, pues, un absoluto malentendido denunciar Beaubourg como una mixtificación cultural de masas. Estas se precipitan en Beaubourg para gozar de la ceremonia fúnebre, del descuartizamiento, de la prostitución operativa de una cultura al fin verdaderamente liquidada, incluido cualquier tipo de contracultura que siempre será una apoteosis de aquella. Las masas se agolpan en Beaubourg del mismo modo que se agolpan en los lugares de catástrofe, con el mismo impulso irresistible. Mejor dicho: las masas son la catástrofe de Beaubourg.

Baudrillard, J.: *L'effect Beaubourg*. Editions Gaillés, 1978.
Edición en castellano: *El efecto Beaubourg. Cultura y Simulacro*. Kairós. Barcelona, 1987.

Las páginas clásicas del Manifiesto nos enseñan la difícil lección que se desprende de una forma más auténticamente dialéctica de pensar el desarrollo y el cambio histórico. El tema de esa lección es, sin duda, el propio desarrollo histórico del capitalismo y el despliegue de una cultura específicamente burguesa. En un pasaje muy célebre, Marx nos exige imperiosamente hacer lo imposible: pensar este desarrollo al mismo tiempo en términos negativos y positivos; nos exige, con otras palabras, poner en práctica una forma de pensar que sea capaz de concebir los rasgos manifiestamente denigrantes del capitalismo y, simultáneamente, su extraordinaria dinámica emancipadora;

todo ello en un mismo concepto, y sin que ninguno de los juicios atenúe la fuerza de su contrario. Debemos, en cierto modo, llevar nuestro pensamiento hasta el punto en que podamos comprender que el capitalismo es, al mismo tiempo y en el mismo sentido, lo mejor y lo peor que le ha sucedido a la especie humana. El inveterado olvido de este imperativo dialéctico, y su conversión en esa posición mucho más confortable que consiste en limitarse a emitir proposiciones morales, es demasiado humano; pero la urgencia de la cuestión exige que hagamos un esfuerzo para pensar dialécticamente la evolución cultural del capitalismo avanzado al mismo tiempo como catastrófica y como progresista.

Jameson, F.: *Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*. New Left Review Ltd. Oxford, 1984. Edición en castellano: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós. Barcelona, 1991.

Beyond a certain critical mass each structure becomes a monument, or at least raises that expectation through its size alone, even if the sum or the nature of the individual activities it accommodates does not deserve a monumental expression. This category of monument presents a radical, morally traumatic break with the conventions of symbolism: its physical manifestation does not represent an abstract ideal, an institution of exceptional importance, a three-dimensional, readable articulation of a social hierarchy, a memorial; it merely is itself and through sheer volume cannot avoid being a symbol—an empty one, available for meaning as billboard is for advertisement. It is a solipsism, celebrating only the fact of its disproportionate existence, the shamelessness of its own process of creation. This monument of the twentieth century is the Automonument, and its purest manifestation is the Skyscraper.

Koolhaas, R.: *Delirious New York*. Oxford University Press. Nueva York, 1978.

Tokyo is evolving more and more into a state that can be defined as “simulated city”. Life is largely predetermined by consumerism situated in a stage set-like urban space that is perpetually changing. It is the “Tokyo Nomadic Girls” who enjoy this type of life style the most. They live alone and are unrestricted by the old conventions of family life. They hit the keyboards in “intelligent office” (highly computerized office building) during the daytime, and wander into the urban stage-set of night life after work with their boyfriends. They eat and drink in the cafebars and restaurants designed by trendy designers, they shop in department stores where the latest design items are on display. They go out to the movies, and work out in the gym. For them, cafebars and movie theaters are an extension of their living room, restaurants replace their dining room. Work out gym is their garden, and boutiques are their walk-in closet. 24 hour convenience stores are their refrigerator. They become the heroines of this superficial, simulative, temporary space that assimilates the glitzy stage set.

Ito, Toyo: *Shinjuku Simulated City*. Japan Architect. Tokyo, 1991-93.

